



Dixon, R. M. W. (2016): *Are some languages better than others?* New York: Oxford University Press, vii + 272 pp.

POR DESGRACIA, y paradójicamente, no corren buenos tiempos para la consideración que de las lenguas se había obtenido a partir del vastísimo trabajo realizado con ellas en el siglo XX. Por ofrecer un ejemplo al respecto, uno de los consensos alcanzados durante todo ese siglo fue considerar que todas las lenguas son similares en complejidad estructural, algo muy bien reflejado ya por Hockett (1958: 181):

la total complejidad gramatical de una lengua cualquiera, tomando en cuenta morfología y sintaxis, es aproximadamente la misma que la de cualquier otra. Esto no es de extrañar, ya que todas las lenguas tienen que cumplir funciones de complejidad muy similar, y lo que no se hace morfológicamente debe hacerse sintácticamente.

Medio siglo de investigación posterior con múltiples lenguas de todo el planeta no hizo sino corroborar esa asunción, como recapitulaba recientemente Crystal (2010: 6): «every culture which has been investigated, no matter how ‘primitive’ it may be in cultural terms, turns out to have a fully developed language, with a complexity comparable to those of the so-called ‘civilized’ nations», lo cual resulta en una conclusión prácticamente similar a la anticipada por Hockett: «All languages have a complex grammar: there may be relative simplicity in one respect (e.g. no word endings), but there seems always to be relative complexity in another (e.g. word position)» (Crystal 2010: 7). Por tanto, la asunción de «igualitarismo lingüístico no es a priori y no se trata de un prejuicio. Los hechos hablan a gritos a su favor» (Moreno Cabrera 2000: 31).

Sin embargo, y aunque esa posición sigue siendo ampliamente mayoritaria entre el colectivo de lingüistas, el comienzo del siglo XXI trajo consigo, sorprendentemente, la pérdida del consenso al respecto; la visión sobre la complejidad equivalente de las lenguas, denominada a veces como ‘ALEC statement’ (‘All languages are equally complex’; Deutscher 2009: 243), ‘Linguistic equi-complexity dogma’ (Kusters 2003: 5), o ‘Principle of invariance of language complexity’ (Sampson 2009: 1), es abordada

o directamente cuestionada por diferentes publicaciones (cf., entre otras, Kortmann & Szmrecsanyi eds. 2012; McWhorter 2001; Miestamo *et alii* eds. 2008; Sampson *et alii* eds. 2009). Por ejemplo, Gil (2008) sostiene que las lenguas analíticas (aislantes) son más simples que las sintéticas, algo que Gil (2009), entre otros trabajos, intenta ilustrar con la variedad del indonesio hablada en la isla de Riau, a su juicio mucho menos compleja que la variedad formal o estándar del indonesio. Sin embargo, Riddle (2008) muestra que lenguas altamente analíticas, como el thai, el mandarín o el mong, no son más simples que las lenguas sintéticas a pesar de carecer de afijos flexivos, pues presentan una mayor complejidad en sus categorías léxicas (algo que la autora denomina ‘elaboración léxica’). Por ello, Riddle (2008: 134) señala que «I support the traditional view (Sapir 1921) that highly analytic languages are as grammatically complex as synthetic languages, although in different ways».

Sin duda, el rechazo más sorprendente a la posición de que todas las lenguas tienen un grado similar de complejidad se debe a Sampson (2009). Según Sampson (2009: 1), esa posición «never seemed to be an assumption that linguists offered much justification for — they appeared to believe it because they wanted to believe it, much more than because they had reasons for believing it». Tal afirmación, que ignora el ingente trabajo realizado con múltiples lenguas en el siglo xx, sugiere que la consideración de que las lenguas son equivalentes en complejidad estructural «was motivated by ideological considerations» (Sampson 2009: 4). Naturalmente, quien conozca la trayectoria de este autor no se extrañará de que atribuya buena parte de la culpa a la Gramática Generativa. Pero, para mayor estupor todavía, llega a sugerir que:

Where non indo-European languages of distant cultures in our time do seem to be structurally more or less isomorphic with European languages, this [...] may instead merely show that the ‘official’ versions of languages in all parts of the world have nowadays been heavily remodeled under European influence (Sampson 2009: 15).

What European or North American linguists count as the ‘real language’ of a distant part of the world will be the version of its language which has been remodeled in order to be similar to European languages. Because of the immense dominance nowadays of European-derived cultures, most or all countries will have that kind of version of their language available; and for Western linguist who arrived at the airport and has to spend considerable time dealing with officialdom, that will be the version most accessible to its study (Sampson 2009: 17).

Parece inconcebible que alguien pueda sostener, a estas alturas, que las lenguas no europeas son, *per se*, menos complejas que estas (salvo cuando se han reformulado en términos de las europeas), opinión propia de los siglos XVIII o XIX que parecía

desterrada. Ignoro las motivaciones de esta afirmación, siendo seguramente una de ellas la de criticar la perspectiva chomskiana. De todos modos, quizás no sorprenda tanto, pues Sampson publicó en 2001 en su página web un breve artículo de opinión titulado «There's nothing wrong with racism (except the name)»¹, donde sostiene, entre otras lindezas, que «yellow-skinned Orientals tend to be rather brighter than Whites, Negroes tend to be rather less brighter».

Dejando de lado este caso tan llamativo, lo cierto es que ni siquiera existe consenso sobre cómo definir la complejidad en el ámbito lingüístico: global o local, absoluta o relativa, etc. Incluso algún autor, como Miestamo (2008: 31), sostiene que, dados los problemas existentes a la hora de comparar lenguas según ese parámetro, «the cross-linguistic study of grammatical complexity should primarily focus on specific areas of grammar, i.e., on local complexity». Teniendo esto en cuenta, los intentos de rechazar la tesis de equivalencia en complejidad entre las lenguas son aún más endeble. Como sugería Bickerton (1995: 35), «nobody has managed to produce a metric for linguistic simplicity» (o complejidad), de modo que «If you measure this by one feature you are refuted by another. If you measure by the number and variety of inflections, then English and Chinese [...] are extremely simple; if you look at their syntax, it's another story».

Quizás sorprenda que todavía no haya efectuado ninguna alusión al libro evaluado en la presente reseña. Precisamente, este libro tampoco deja en buen lugar, al igual que la discusión aducida previamente sobre la complejidad de las lenguas, la consideración que de estas se había alcanzado unánimemente durante el siglo xx.

El autor del libro reseñado, Robert Malcolm Ward Dixon, no precisa presentación alguna, pues es uno de los lingüistas de campo y tipólogos más reputados actualmente, autor de un vasto trabajo directo (*in situ*) con diferentes lenguas, tanto de Australia como de otros lugares del mundo (Amazonía, Melanesia, etc.). De ahí que cualquier contribución suya debe ser bienvenida de entrada, dado el gran conocimiento que atesora sobre el lenguaje y las lenguas. Sin embargo, mi sensación tras leer la obra es agríndice: el libro es magnífico en algunos aspectos, pero no en otros; en concreto,

¹ Ese artículo, eliminado posteriormente de la página web de ese autor pero que es accesible en http://www.racerealist.com/racism_3.htm, provocó una fuerte polémica en el Reino Unido, hasta el punto de que incluso la Universidad de Sussex, de la cual era profesor Sampson, publicó un comunicado («University of Sussex rejects racist views», accesible en: <https://www.sussex.ac.uk/news/media-centre/press-releases/media/media216.html>) donde afirmaba que «The University of Sussex has strongly dissociated itself from the personal views on race of Geoffrey Sampson». Al tiempo, Sampson, que era concejal del Partido Conservador, fue invitado a abandonar tal partido, uniéndose más tarde al UK Independence Party.

no lo es (sino todo lo contrario) en los que tienen que ver con el intento del autor de sugerir que pueden existir lenguas mejores o peores. Ciertamente, el libro de Dixon no se centra en la cuestión de la complejidad de las lenguas (aunque hay alguna alusión al respecto, como en la p. 138, donde indica que las principales lenguas del mundo en términos de hablantes, usadas ampliamente como lenguas francas, como inglés, suahili o mandarín, son «relatively low on complexity»). Sin embargo, su tratamiento del valor de las lenguas (de si hay lenguas peores o mejores) abre otra puerta muy peligrosa (y movediza) que menoscaba la consideración igualitaria de las mismas: una lengua puede considerarse como desigual a otras no solo por creer que es menos compleja (más simple) que otras, sino también por creer que es mejor o peor que otras. Señala Dixon (p. 1) que «this might appear a dangerous book». Tiene razón, sin duda; su tesis podría calificarse como ‘la peligrosa idea de Dixon’, adaptando el título de Dennett (1995).

De entrada, debe resaltarse que Dixon rechaza tajantemente que existan lenguas primitivas, o cualquier concepción que vaya en esa dirección: «All present-day languages comprise a sophisticated linguistic system, which serves many social functions» (p. 1), de modo que ninguna lengua «could in any sense be regarded as ‘primitive’» (p. 1). Dixon incluso llega a caracterizar como un ‘chisme’ la idea, sostenida por Everett (2005) y aplaudida por Sampson (2009), de que la lengua pirahã es mucho menos compleja que el resto de lenguas. Con las propias palabras de Dixon (p. 145): «During recent years, unfortunate misinformation has been bandied around concerning Pirahã, an Amazonian language. The gossip (it is little more than that) is that Pirahã has a far simpler grammar than any other known language»².

Dicho esto, el objetivo del libro es doble: por un lado, ofrece «a succinct portrait of the discipline of linguistics, pared down to its essentials» (p. vii), centrándose en una presentación de las lenguas y sus variados mecanismos. Dado el amplio bagaje de Dixon en ese terreno, la presentación es magnífica. El problema estriba, insisto, en que toda esa discusión, que hubiera sido muy relevante en sí misma, se vincula a y proyecta sobre la existencia de lenguas mejores o peores. Según Dixon, «no two languages do things in precisely the same way. Language A may be more effective in a certain respect, and language B in some other respect» (p. 1). De ahí que, a su juicio, «it may turn out one language can be shown to be slightly (never more than

² Debe destacarse que Everett parece haberse retractado de algunas de sus tesis previas. Por ejemplo, Everett (2005: 628) afirmaba, en una de sus tesis más controvertidas, que «the evidence suggests that Pirahã lacks embedding». Sin embargo, Everett fue coautor de una comunicación presentada en el ‘2012 LSA Annual Meeting’, celebrado en Portland (Piantadosi *et alii* 2012), en la que se afirma que «We have provided suggestive evidence that Pirahã may have sentences with recursive structures».

that) superior» (p. 1). En este sentido, Dixon se pregunta «What does ‘better’ mean when comparing languages?» (p. 7), consistiendo su respuesta en que «One language is better than another to the extent that it fulfils the primary functions of a language» (p. 7)³. Sin embargo, el libro no pretende responder directamente a esa cuestión sino instar a que los propios lectores decidan sobre ella: «the reader will be able to decide for themselves whether some languages can be considered ‘better’ than others (taking care to be certain what one means by ‘better’)» (p. 1).

Dixon justifica igualmente este objetivo del libro: a su juicio, algunos consideran que «one should never try to compare the relative worth of languages. Why not? What are they afraid of?» (p. 8). Y sigue señalando que «If a question is not posed (if, indeed, a prohibition is placed on asking it) we shall never know what the answer might be» (p. 8). Según el autor, la cuestión de la valoración de las lenguas puede dividirse en tres etapas (pp. 20-21): evaluación racista, propia de siglos pasados, en la cual los europeos menospreciaron las lenguas no europeas; contra-reacción a la etapa anterior, pasándose a asumir la igualdad (en complejidad y valor) de todas las lenguas; y una tercera etapa en la cual «it is time to fulfil one of our missions as a science and embark on a measured evaluation of the worth of different languages». El libro pretende ser «a first step in this direction» (p. 21). Es curioso leer que según Dixon esta tercera etapa es inaugurada por su libro, pues, al igual que sucede con la cuestión de la complejidad de las lenguas, la pregunta planteada por este autor en realidad ya había sido respondida por el ingente trabajo efectuado con muchas lenguas (del que él mismo ha participado destacadamente). La respuesta es clara: toda lengua tiene un enorme valor. Por ello, no se alcanza a entender exactamente qué pretende Dixon al negar por un lado que existan lenguas primitivas, pero por otro que pueden existir lenguas mejores o peores.

A continuación, resumiré brevemente los principales contenidos del libro, pasando posteriormente a tratar de manera crítica algunos aspectos derivados de ‘la peligrosa idea de Dixon’. La obra, dirigida a un público no especializado, constituye, como ya avancé, un magnífico trabajo sobre las lenguas y la diversidad de mecanismos inherentes a ellas, con numerosos ejemplos de lenguas de muchas familias diferentes (tanto de lenguas con las que Dixon trabajó directamente como de otras diferentes).

Formalmente, se estructura en 11 capítulos. El 1 («Setting the scene»; pp. 1-21) presenta los objetivos ya referidos del libro, además de aspectos generales como las

³ Esas funciones (pp. 2-4) son expresar la pertenencia, facilitar la cooperación, reflejar la organización social, expresar emociones, compartir información, posibilitar la expresión estética y el pensamiento académico y ser un vehículo de proselitismo.

funciones del lenguaje (cf. nota 3), la discusión de qué significa el término ‘mejor’ referido al valor de las lenguas o una presentación de las tareas de la lingüística. El capítulo 2 («How languages work»; pp. 23-45) expone los componentes de las lenguas (fonología, gramática y léxico), además de sostener que las lenguas son espejos del mundo, al reflejar el modo de vida, las creencias y el entorno de sus usuarios.

Desde el capítulo 3, y hasta el final del libro, Dixon adopta la perspectiva de un ‘ingeniero de diseño’ (similar en esencia, aunque muy diferente en implementación, a la de Chomsky 2000) para tratar aspectos como qué rasgos son necesarios en las lenguas, cuáles no lo son, cuáles son deseables, cuántas palabras debería tener un léxico, etc. El capítulo 3 («What is necessary»; pp. 47-73) considera que «Grammatical features which recur in all known languages are presumably necessary components of any (non-primitive) language» (p. 47), por lo que el objetivo del capítulo es exponer «what is found in all languages» (p. 48), señalando 6 rasgos que considera obligados al respecto⁴. Por su parte, el capítulo 4 («What is desirable?»; pp. 75-105) aduce una selección de 7 rasgos⁵ que existen en muchas lenguas, aunque no en todas, por lo que «They fulfil a useful function for languages in which they occur, and presumably could do so in every language» (p. 75). Al igual que en los restantes capítulos, Dixon exhibe su gran maestría y conocimiento ilustrando la amplia variedad de medios mediante los que se plasman esos rasgos. El capítulo 5 («What is not (really) needed»; pp. 107-124) propone 5 rasgos⁶ considerados como «complexities which appear at first sight to fulfil no useful role, and indeed to impede the efficient learning and use of languages» (p. 107).

El capítulo 6 («How about complexity?»; pp. 125-146) pretende responder a si «Is it the case that: the more complex the better?» (p. 125). La respuesta es negativa: los rasgos simples son claramente preferibles a los dificultosos y enrevesados. Dixon ilustra su discusión con lenguas como el jarawara, con la que trabajó 12 años en la Amazonía, y que tiene un intrincado sistema de verbos auxiliares o de sufijos, concluyendo que ambos rasgos son muy complejos, excesivos de hecho para una comunicación sencilla. Por tanto, «much complexity is an unwieldy relic of the past stages of a language and how over time the details have shifted» (p. 145). El capítulo

⁴ En concreto, distinción entre 3 tipos de actos de habla (declarativo, imperativo e interrogativo), negación, posesión, marcaje de la diferencia entre los dos argumentos de las cláusulas transitivas (casos, orden, pronombres ligados o contexto), expresión no solo de acciones o estados sino también de relaciones (cópula, por ejemplo) e integración de cláusulas en oraciones complejas.

⁵ Sistemas de género y clasificadores, artículos, tiempo, modalidad y aspecto, evidencialidad, construcciones comparativas, construcciones pasivas, reflexivas y recíprocas, y construcciones causativas y aplicativas.

⁶ Presencia de irregularidades, supletismo (irregularidad en la que una palabra usa dos distintas raíces), redundancias gramaticales y semánticas y, en el ámbito del estilo, las repeticiones.

7 («How many words should there be?»; pp. 147-172) aborda el componente léxico. Desde la misma perspectiva de ‘ingeniero de diseño’ que ha regido en los capítulos previos, analiza algunos rasgos que un ‘buen léxico’ debería poseer (su poder de especificación, la sinonimia y la posibilidad de expresar un mismo concepto con dos diferentes clases de palabras) o evitar (la homonimia). También discute cuántas palabras debería tener ese ‘buen léxico’, concluyendo que una lengua precisa solamente entre 5.000 y 10.000 palabras (p. 172), por lo que «Languages may have more—perhaps many more—words than they really need» (p. 171). Sin embargo, la discusión es demasiado impresionista, al basarse en meras estimaciones del autor; por ejemplo, Dixon señala (p. 170) que calcula disponer de un vocabulario activo de unas 21.000 palabras y pasivo de unas 2.000. Este último número contrasta fuertemente con el ofrecido por Karlsson *et alii* (2008: xiii) según el cual «A speaker of, e.g., Swedish may have a passive vocabulary of some 60,000 words».

El capítulo 8 («The limits of a language»; pp. 173-191) explora cómo las lenguas difieren en dos planos diferentes, denominados por Dixon como ‘lo que se debe decir’ y ‘lo que se puede decir’. Con respecto al primero, revisa las categorías gramaticales obligatorias, tomadas de entre algunos de los rasgos expuestos en los capítulos 3 (rasgos existentes en todas las lenguas) y 4 (existentes en muchas lenguas) y discute por qué no todas las lenguas disponen de los 10 rasgos que selecciona⁷, dado que «it would be beneficial if every language included all of these categories, each in its fullest and most explicit form» (p. 175). La respuesta de Dixon apunta a las limitaciones de los usuarios: dado que la mente humana solo puede procesar una cantidad limitada de datos, «no brain could handle more than a fraction of the grammatical detail summarised» (p. 180). Por esa razón, «every grammar includes just a selection of the possible categories» (p. 182). Se echa en falta, no obstante, cualquier justificación neurolingüística (o similar) que justifique esa conclusión. Con respecto al segundo plano, (‘lo que se puede decir’), Dixon rechaza que «everything can be said in every language» (p. 187), arrojando así dudas sobre la posibilidad de traducir cualquier contenido de una lengua a otra. Esta conclusión es dudosa, por cierto, desde la óptica de la Teoría de la Traducción, como refleja Chesterman (2016: 7):

From the linguistic angle, the untranslatability idea looks like a restriction of language to *langue* only, to language as system; it seems to deny the role played by *parole*, by what people can do in their actual use of language. Translation is, after all, a form of language use; and from this point of view nothing is untranslatable: that is, everything

⁷ En concreto, tres tipos de actos de habla, negación, posesión, marcado de argumentos, género, definición, tiempo, modalidad y aspecto, evidencialidad, sistema pronominal y construcciones causativas.

can be translated somehow, to some extent, in some way—even puns can be explained. No communication is perfect, so why should translation be?

El capítulo 9 («Better for what purpose?»; pp. 193-212) aborda aspectos variados, como la direccionalidad (o no) del cambio lingüístico (en concreto, si el cambio ‘mejora’ las lenguas), la adquisición (y su interdependencia con la cultura) o si existen lenguas más difíciles de aprender como L2 que otras. El capítulo 10 («An ideal language»; pp. 213-243) integra toda la discusión precedente para proponer, en clave de ‘ingeniero de diseño’, 42 rasgos «which should ideally be present in every language» (p. 213). Por tanto, esos rasgos conforman lo que según Dixon es una lengua ideal, entendiendo por tal la que cumpla las funciones del lenguaje referidas en el capítulo 1 (cf. nota 3), si bien aclara el autor que tales rasgos «simply reflect my opinion» (p. 215). De esos 42 rasgos, 6 deberían ser evitados⁸, otros 2 son rasgos generales que deben ser bienvenidos⁹ y los restantes 34 rasgos esbozan cómo según Dixon deberían estar diseñados los componentes fonológico, gramatical y léxico. De esos 34 rasgos, 4 aluden al componente fonológico¹⁰, 23 al gramatical¹¹ y 7 al léxico¹². Según Dixon,

⁸ En concreto, debería evitarse usar la entonación como único mecanismo para efectuar distinciones gramaticales y el orden de palabras como única marca de propiedades gramaticales, usar homónimos, tener pares de lexemas con pronunciación similar pero diferentes significados y del mismo campo semántico, tener irregularidades (salvo para evitar ambigüedades) y poseer una ortografía sin correspondencia simple entre sonidos y grafías.

⁹ Tener procesos productivos de reduplicación y poseer medios para formar aumentativos y diminutivos.

¹⁰ Tener 5 vocales distintivas, aproximadamente 20 consonantes, disponer de una estructura silábica CV(C) y poder efectuar contrastes mediante tonos.

¹¹ Sistema de demostrativos (y adverbios correspondientes) con 3 términos, sistema pronominal con formas para 1ª, 2ª y 3ª persona en singular y plural, distinción inclusivo/exclusivo para pronombres de 1ª persona de plural, mecanismos anafóricos, marcado explícito (con mecanismos diferentes de la entonación) entre oraciones declarativas, imperativas e interrogativas, conjunto completo de palabras interrogativas con contenido (quién, qué, cuál, dónde, cuándo, por qué, cómo), distinción entre ‘cuánto’ contable e incontable, diferentes medios para la negación, construcciones posesivas, verbo de posesión como ‘haber’, sistema de casos con 6 elementos, cópulas, técnicas para unir cláusulas, incrustación de oraciones (con cláusulas relativas, adverbiales o de complemento), omisión de un argumento en una cláusula cuando ya ha aparecido en la previa (elipsis), sistema de género con 3 términos, diferencia entre definido e indefinido, sistema temporal básico con presente, pasado y futuro (o sistema de modales para el futuro), sistema de evidencialidad con 3 elementos, construcciones comparativas, pasivas, reflexivas y recíprocas y causativas.

¹² Reducir al mínimo los lexemas que pertenezcan a dos clases de palabras, tener lexemas simples en vez de etiquetas descriptivas (‘azul’ en vez de ‘color del cielo’), atesorar muchos nombres abstractos, distinguir procesos y resultados, tener diferentes tipos de nombres con información útil, disponer de términos de parentesco no ambiguos y tener un vocabulario general suficientemente amplio.

esos rasgos conforman la infraestructura básica de la ‘lengua ideal’, de modo que «each individual language will add to these basics what one might call ‘luxuries’, according to its own bent» (p. 213). No obstante, el número de esos ‘lujos’ estará restringido, según lo tratado en el capítulo 8, por la limitada capacidad del cerebro humano, por lo que «each language can only handle a limited number of luxuries» (p. 233). En resumen, esos 42 rasgos ofrecen según el autor un marco que permite dilucidar cuán bien (o no) satisface una lengua sus funciones y propósitos.

Finamente, un brevísimo capítulo 11 («Facing up to the question»; pp. 245-246) cierra el libro. En él, sorprendentemente, Dixon, que ha tirado antes la piedra (planteando en el libro la cuestión de si hay lenguas mejores), esconde ahora la mano, pues indica que, ante la pregunta que da título al libro, «It is up to you, the reader, to decide» (p. 245). Esto es, Dixon insta a los lectores a valorar esos 42 rasgos básicos, añadiendo o suprimiendo rasgos a voluntad según el propio criterio y comprobándolos en dos lenguas que cada lector conozca bien, de modo que pueda comparar los resultados. Si tras la aplicación de esos rasgos se determinara que una lengua es mejor que otra («probably only slightly better»; p. 246), Dixon considera que eso puede indicar que una de ellas sea más fácilmente entendible, más sencilla de ser descrita, que suponga un menor esfuerzo para ser adquirida como L2, que plantee una dificultad baja a la hora de traducir, que tenga una mayor especificidad para nombrar y describir la estratificación social, o unos recursos más ricos para la expresión de emociones, para la expresión estética o científica, o que se revele más adecuada para la cooperación.

Los señalados son los principales contenidos del libro, que es (o mejor, hubiera sido), como ya señalé antes, realmente magnífico desde la óptica de una introducción a las lenguas y a su diversidad. Pero esa óptica (así como los amplísimos conocimientos de Dixon) queda por desgracia subordinada a la tan peligrosa como nociva discusión de si existen lenguas mejores o peores que otras.

En realidad, el autor parte de una falacia. Sobre quienes sostienen que «one should never try to compare the relative worth of languages» (p. 8), señala Dixon que «the doubters say that all languages are ‘equal’, that each language is perfect for the role it plays in the society which uses it» (p. 8). Sin embargo, esta equiparación entre sostener el mismo valor de todas las lenguas y asumir que ello es porque cada lengua es perfecta me temo que es una idea solamente existente en la mente de Dixon. Dejando de lado que este autor equipare el lenguaje con la comunicación, el hecho de que una lengua satisfaga las funciones del lenguaje (y esto lo reconoce el propio Dixon para todas las lenguas) no implica que sea un sistema perfecto para la comunicación. Si así fuera, no habría rasgos en las lenguas como los tratados en Bickerton (1995: cap. 1): ambigüedad, oraciones de vía muerta, etc. Como señala Bickerton (1995: 36),

«Language is the way it is because that is the only way the brain can do it. And that way is not necessarily the optimal way».

En ocasiones, los argumentos del libro son muy discutibles. Por ejemplo, tal como señalo en la nota 6, uno de los rasgos que según Dixon carecen de utilidad son las redundancias, hasta el punto de que son rasgos molestos, que impiden el aprendizaje y el uso eficiente del lenguaje. Pero esta asunción dista mucho de ser obvia. Como escribía hace mucho Martinet (1962: 184), «La redundancia en variadas formas es una necesidad básica de la comunicación lingüística». François (1969: 340) precisaba más esa afirmación:

una lengua sin redundancia sería absolutamente indescifrable, puesto que la aparición en ella de un elemento sería aleatoria. Tampoco podrían adquirirla los niños, puesto que se aprende a manejar una unidad nueva fundamentalmente gracias a su aparición en contextos conocidos que permiten comprender su sentido, lo que sería imposible si los sentidos de las unidades que la rodean no redujesen la incertidumbre relativa a la de la unidad considerada.

Por tanto, frente a la idea de Dixon de que la redundancia impide la adquisición / aprendizaje de una lengua, acaece más bien al contrario, pues esa tarea sería mucho más dificultosa en su ausencia. Al tiempo, esa idea de Dixon resulta confusa o incluso contradictoria, pues por un lado afirma que las redundancias «fulfil no useful role» (p. 107) pero por otro también sostiene que «there is always need for redundancy» (p. 162).

No menos sorprendente es que Dixon aplique la noción de corrección al ámbito gramatical, como hace en la p. 110, cuando señala que, antes de empezar a trabajar con el jarawara, tomó un profesor de portugués para que lo instruyera «in the correct grammar» de esta lengua. Esta alusión es chocante, pues Dixon debería saber bien, como lingüista (y muy destacado) que es, que los lingüistas han mostrado fehacientemente que los juicios basados en la noción de corrección no son lingüísticos, sino sociales (y por ello, profundamente discriminatorios). Como señalaba Trudgill (1983: 205):

Grammatical forms which are most typical of working-class dialects have low status, because of their association with groups who have low prestige in our society. This low status leads to the belief that the forms are 'bad' and they are therefore judged to be 'wrong'. Evaluations of this type are therefore clearly social judgements about the status of speakers who use particular forms, rather than objective linguistic judgements about the correctness of the forms themselves.

En suma, la noción de corrección debería estar absolutamente ausente de esta obra.

Más allá de lo referido hasta ahora, existe una falacia más acusada en la argumentación de Dixon según la cual las lenguas que poseen la mayor parte de esos 42 rasgos son mejores (o están mejor diseñadas) que aquellas que tienen una menor cantidad de ellos, falacia que, a mi juicio, invalida su argumentación por completo. Abundan ejemplos en la obra que asumen plenamente la íntima conexión existente entre una lengua y la cultura (y condiciones de la sociedad) en la cual se inserta. Por ejemplo, según Dixon una lengua dista mucho de ser un objeto autocontenido que se pueda aprender del mismo modo que la lógica simbólica, por lo que «a language is learnt together with, and interrelated with, every other aspect of the culture to which it pertains» (p. 201). De este modo, cada lengua «fulfils its purpose in its own way» (p. 213). Además, aunque según Dixon los seres humanos comparten muchos aspectos, existe también «a fair degree of particularity, which distinguishes them. This is reflected in the grammar and vocabulary of each language, which express cultural conventions and views and mirror a style of living» (p. 173). Por otro lado, también señala que muchos grupos étnicos «have a different modus vivendi» (p. 148) que se traduce en su lengua: tal como muestra Dixon, en lenguas como yírbal y jarawara no existe la posibilidad de enunciar evaluaciones comparativas entre personas «simply because their cultural make-up did not require them» (p. 148), al ser sociedades donde la competición entre individuos no tiene ningún papel. Como último ejemplo aducido, señala Dixon que una lengua «responds to the environment which it inhabits. Each language has its own character, which has evolved steadily over time. It mirrors the society that it serves, gradually shifting its profile in association with cultural changes, forces within itself, and contact with other languages and cultures» (p. 242).

Pero si esto es así, y en efecto así lo parece, entonces la falacia del libro es obvia: Dixon adopta, como ya referí, una perspectiva de ‘ingeniero de diseño’ postulando 42 rasgos que permiten comparar el valor relativo de las lenguas y que por tanto propone como criterio global para valorar la existencia de diferencias en el valor de las lenguas, esto es, la existencia de lenguas ‘mejores’ o ‘peores’. Pero al valorar las lenguas (o al invitar al lector a que lo haga) mediante esos rasgos, que configuran lo que para Dixon es la noción de ‘lengua ideal’, analizando cuánto se acerca o aleja cada lengua de esa lengua ideal, Dixon está aplicando esa argumentación de manera abstracta, ignorando las particularidades de cada lengua y ese vínculo íntimo que según este autor define la relación entre una lengua, su cultura y el modo de vida de una sociedad. Sin embargo, son esas particularidades las que explican precisamente bastantes de los rasgos que tiene (o no) esa lengua. En otras palabras, la evaluación del valor de las lenguas mediante los rasgos que propone Dixon es aplicada de manera completamente descontextualizada con respecto a las circunstancias que conforman la

íntima relación entre lengua y cultura, circunstancias que el propio Dixon considera fundamentales para comprender cómo cada lengua es lo que es y es como es.

Por ello, la estrategia de Dixon se antoja como una contradicción en sus propios términos. Si cada lengua sirve a sus propósitos concretos, ¿cómo es posible suprimir esos propósitos concretos para comparar el valor de las lenguas mediante criterios descontextualizados? ¿Cómo es posible comparar entre lenguas con circunstancias tan diferentes, eliminando precisamente esas diferencias en la comparación? Dixon señala en la página final del libro que la obra «is, in essence, speculation» (p. 246). Así lo parece: una especulación carente de base, por usar una estrategia viciada de raíz.

Para finalizar, espero que, a la luz de todo lo señalado, haya quedado claro por qué en páginas previas indicaba que la sensación que deja la lectura del libro de Dixon es agrídulce. La obra es un ejercicio magnífico como introducción al lenguaje y, especialmente, a las lenguas y a sus tan variados mecanismos. Por tanto, este primer objetivo del libro se cumple con creces, puesto que pocas personas se podrían enfrentar con más garantías que Dixon a tal objetivo. Pero ese ejercicio se vuelve inútil cuando se pone al servicio de la discusión sobre si existen lenguas mejores o peores, discusión que, como señalé, es absolutamente descontextualizada: mientras por un lado el libro sostiene que el contexto (cultural y social) es clave para cualquier lengua, hasta el punto de que explica lo que cada lengua es, por otro propone una serie de rasgos que pretenden medir el diferente valor de cada lengua ignorando precisamente ese contexto que el propio libro considera fundamental. Con ello, el libro de Dixon no hace sino diseminar y justificar una idea que muy fácilmente se puede erigir en otro criterio más de discriminación de lenguas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BICKERTON, D. (1995): *Language and Human Behavior*. Seattle: University of Washington Press.
- CHESTERMAN, A. (2016): *Memes of Translation. The Spread of Ideas in Translation Theory*. Revised ed. Amsterdam: John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/btl.123>
- CHOMSKY, N. (2000): «Minimalist inquiries: the framework», en R. Martin & D. Michaels & J. Uriagereka (eds.): *Step by step. Essays on minimalist syntax in honor of Howard Lasnik*. Cambridge MA: MIT Press, pp. 89-155. Hay trad. de V.M. Longa, «Indagaciones minimalistas: el marco», *Moenia* 5, 1999, pp. 69-126.
- CRYSTAL, D. (2010): *The Cambridge Encyclopedia of Language*. 3rd ed. New York: Cambridge University Press.

- DENNETT, D. C. (1995): *Darwin's Dangerous Idea*. New York: Simon & Schuster.
- DEUTSCHER, G. (2009): «Overall complexity: A wild goose chase?», en G. Sampson & D. Gil & P. Trudgill (eds.): *Language Complexity as an Evolving Variable*. New York: Oxford University Press, pp. 243-251.
- EVERETT, D. L. (2005): «Cultural constraints on grammar and cognition in Pirahã. Another look at the design features of human language», *Current Anthropology* 46/4, pp. 621-634. <https://doi.org/10.1086/431525>
- FRANÇOIS, F. (1969): «Redondance», en A. Martinet (dir.): *La Linguistique. Guide alphabétique*. Paris: Debóel, pp. 330-335. Cito por la trad. de C. Manzano, «Redundancia», en *La Lingüística. Guía alfabética*. Barcelona: Anagrama, 1972, pp. 338-343.
- GIL, D. (2008): «How complex are isolating languages?», en M. Miestamo & K. Sinnemäki & F. Karlsson (eds.) (2008): *Language Complexity. Typology, Contact, Change*. Amsterdam: John Benjamins, pp. 109-131. <https://doi.org/10.1075/slcs.94.08gil>
- GIL, D. (2009): «How much grammar does it take to sail a boat?», en G. Sampson & D. Gil & P. Trudgill (eds.) (2009): *Language Complexity as an Evolving Variable*. New York: Oxford University Press, pp. 19-33.
- HOCKETT, Ch. F. (1958): *A Course in Modern Linguistics*. New York: MacMillan. Cito por la trad. de E. Gregores & J. A. Suárez, *Curso de lingüística moderna*. Buenos Aires: Eudeba, 1971.
- KARLSSON, F. & M. MIESTAMO & K. SINNEMÄKI (2008): «Introduction. The problem of language complexity», en M. Miestamo & K. Sinnemäki & F. Karlsson (eds.): *Language Complexity. Typology, Contact, Change*. Amsterdam: John Benjamins, pp. vii-xiv. <https://doi.org/10.1075/slcs.94.01kar>
- KORTMANN, B. & B. SZMRECSANYI (eds.) (2012): *Linguistic Complexity: Second Language Acquisition, Indigenization, Contact*. Berlin: De Gruyter. <https://doi.org/10.1515/9783110229226>
- KUSTERS, W. (2003): *Linguistic Complexity: The Influence of Social Change on Verbal Inflection*. Utrecht: LOT.
- MARTINET, A. (1962): *A Functional View of Language*. Oxford: Clarendon Press. Cito por la trad. de M^a. R. Lafuente, *El lenguaje desde el punto de vista funcional*. Madrid: Gredos, 1971.
- MCWHORTER, J. (2001): «The world's simplest grammars are creole grammars», *Linguistic Typology* 6, pp. 125-166. <https://doi.org/10.1515/lity.2001.001>

- MIESTAMO, M. (2008): «Grammatical complexity in a cross-linguistic perspective», en M. Miestamo & K. Sinnemäki & F. Karlsson (eds.) (2008): *Language Complexity. Typology, Contact, Change*. Amsterdam: John Benjamins, pp. 23-41. <https://doi.org/10.1075/slcs.94.04mie>
- MIESTAMO, M. & K. SINNEMÄKI & F. KARLSSON (eds.) (2008): *Language Complexity. Typology, Contact, Change*. Amsterdam: John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/slcs.94>
- MORENO CABRERA, J. C. (2000): *La dignidad e igualdad de las lenguas. Crítica de la discriminación lingüística*. Madrid: Alianza Editorial.
- PIANTADOSI, S. T. & L. STEARNS & D. L. EVERETT & E. GIBSON (2012): «A corpus analysis of Pirahã grammar: An investigation of recursion». Comunicación presentada en el 2012 LSA Annual Meeting, Portland. Disponible en: https://tedlab.mit.edu/tedlab_website/researchpapers/Piantadosi_et_al_2012_LSAtalk_Piraha.pdf
- RIDDLE, E. M. (2008): «Complexity in isolating languages: Lexical elaboration versus grammatical economy», en M. Miestamo & K. Sinnemäki & F. Karlsson (eds.) (2008): *Language Complexity. Typology, Contact, Change*. Amsterdam: John Benjamins, pp. 133-151. <https://doi.org/10.1075/slcs.94.09rid>
- SAMPSON, G. (2009): «A linguistic axiom challenged», en G. Sampson & D. Gil & P. Trudgill (eds.) (2009): *Language Complexity as an Evolving Variable*. New York: Oxford University Press, pp. 1-18.
- SAMPSON, G. & D. GIL & P. TRUDGILL (eds.) (2009): *Language Complexity as an Evolving Variable*. New York: Oxford University Press.
- TRUDGILL, P. (1983): *On Dialect. Social and Geographical Perspectives*. Oxford: Basil Blackwell.

■ VÍCTOR M. LONGA